

Así, distribuyó á cada ciudadano 7 arpentas. Para sí mismo no quiso otra recompensa.

Los sabinos tuvieron el derecho de ciudadanía sin sufragio, pero Reate, Nursia y acaso Amiterno quedaron simples prefecturas. Castro y Adria en el Adriático fueron colonizadas. Curio triunfó dos veces en el mismo año. Este honor hasta entonces sin ejemplo y el respeto que envolvía su nombre anuncian grandes servicios. La verdadera guerra del Samnio estaba acabada.

Por otras razones merecía Curio muy bien triunfar dos veces, porque había vencido á la naturaleza como á los samnitas. Desvió el Velino en el Nera y creó la magnífica cascada de Terni. Vencedores y vencidos no son ya, después de veintitres siglos, más que polvo, pero el maravilloso espectáculo que aquel hombre se diera dura todavía.

¿Podía haberse evitado esta guerra del Samnio que hizo tantas ruinas? Hay algo del ave de presa y de la fiera aun en muchos hombres civilizados: con mayor razón estaban desarrollados estos instintos de rapacidad y carnicería en un tiempo en que la humanidad estaba más cerca de su origen. Los hombres de la llanura y de la montaña, los labriegos y los pastores eran necesariamente enemigos, y en todos tiempos los unos hubieron de ceder á la tentación de cosechar las tierras que habían sembrado los otros. Roma, dueña por sí misma de la llanura latina, y por Capua, de la llanura campaniense, quiso contener tales pillajes periódicos y ejercer la policía del Apenino, y con su tenacidad acostumbrada lo consiguió por último: es toda la guerra samnita. Duró cincuenta y tres años (343-290); y los intervalos de paz sólo sirvieron á los dos pueblos para reparar sus armas, para respirar un momento, antes de volver á agarrarse cuerpo á cuerpo.

Así pues, con fatiga (1) pero al mismo tiempo con admiración é involuntario pesar, hemos seguido los incidentes de aquella desesperada lucha y la lenta agonía de un pueblo tan bravo: la audacia, el heroísmo, el amor á la patria, nada faltó á los samnitas, nada, sino la unión que solamente hace fuertes á los pueblos. Para elevarse al glorioso rango de las naciones es preciso muchas veces sacrificar preciosas, pero enervantes libertades. En los mismos campos no olvidaba el samnita la salvaje independencia de sus montañas. En Aquilonia, para obtener la última vez su obediencia, se vieron los jefes obligados á llamar en apoyo de su autoridad los más terribles misterios de la religión. Por eso pereció el Samnio y debió perecer, porque su victoria no hubiera arrancado ni la Italia ni el mundo al caos de que Roma supo arrancarlos.

III. — COALICIÓN DE LOS ETRUSCOS Y DE LOS SENONES. — GUERRA CONTRA LOS LUCANIOS (283-281).

El Lacio, la Campania, la Apulia y el Samnio sufrían la dominación ó la alianza de Roma; pero al Norte una parte de los etruscos era hostil, y los galos habían olvidado muy pronto su derrota del Sentino. Al Sur, bien que el pueblo samnita hubiera depuesto las armas, todavía quedaban algunas bandas, que rechazando toda avenencia con Roma, fueron á buscar refugio á las ásperas montañas de Calabria. Allí se extendían inmensos bosques, donde poco á poco hubo de formarse un nuevo pueblo, que los griegos y los romanos llamaban desdeñosamente esclavos insurrectos, los brucios ó abruzos. Griegos y lucanios veían con espanto acercarse á ellos la dominación romana, sobre todo Taren-

(1) *Quinam sit ille, quem pigreat longinquitatis bellorum scribendo legendoque, que gerentes non fatigaverunt?*

to, que mostraba creciente despecho ante los triunfos de la bárbara ciudad de las orillas del Tíber. Pero, ¿cómo reunir tantos pueblos para una acción común? Ni Pirro ni el mismo Aníbal lo hubieran conseguido. Sólo Roma hará este milagro, porque en tan grande empresa empleará dos fuerzas: la prudencia y el tiempo.

No hubo más que un momento de peligro serio: Arretium, gracias á los Cilnios, había permanecido fiel á la alianza de Roma, y los etruscos, sostenidos por un ejército de senones, vinieron á cercarla. Las legiones romanas corrieron en socorro de la plaza cercada, pero su jefe, siete tribunos y trece mil soldados quedaron en el campo de batalla y el resto cayeron prisioneros (283). Fué una de las más sangrientas derrotas que hubieran sufrido los romanos, y ella aumentó el espanto que les causaba el solo anuncio de una guerra con los galos. A las quejas que el senado presentó ante el consejo de los senones, su jefe Britomar, cuyo padre pereció en la batalla de Arretium, contestó degollando á los enviados como víctimas expiatorias que ofrecía á los paternos manes.

Si Roma no vengaba este ultraje, era perdida su fortuna. La indignación aumentó sus fuerzas y muy luego reunió dos poderosos ejércitos: con el primero, uno de los cónsules contuvo ó batió á los etruscos; con el segundo, atravesando Dolabela silenciosamente la Sabinia, entró por el Piceno en el territorio senon: allí incendió pueblos, mató hombres, vendió como esclavos niños y mujeres, sin abandonar el país hasta que de él hizo un desierto. Había llevado allí la venganza de Roma, que después de haber exterminado á los hijos de los vencedores, no se avergonzaba ya del rescate que se llevaran del Capitolio. Para impedir que los galos cisalpinos reemplazaran á los senones en aquella soledad, hizo que guardaran el país colonos enviados á Sena, al N. de Ancona, á Castro y á Adria en el Piceno. Como la dominación de los romanos había traspasado el Apenino al S. con la ocupación de Venusia, lo traspasaba también al N. con sus establecimientos en el Adriático, desde donde podía vigilar el valle del Po.

Los boyos (*boii*) cuyo territorio se extendía de Parma á Bolonia, se alarmaron ante el exterminio de un pueblo galo, y con los senones que habían podido sustraerse al filo de la espada romana, entraron en el valle de Arno por los desfiladeros que conducen de la Romanía á Florencia y recorrieron toda la Etruria, llamando á su causa á cuantos enemigos de Roma quedaban allí todavía. Llegado que hubieron cerca de Narnia, no lejos del fangoso pantano que llamaban el lago Vadimon, fueron detenidos por una derrota y una horrible carnicería: dos arroyos de sangre corrieron hasta el Tíber y enrojecieron sus aguas.

El año siguiente pidieron los boyos la paz (282); mas por espacio de dos años se vió el senado obligado á enviar ejércitos á Etruria. La victoria de Coruncanio sobre los vulcientes puso fin á esta guerra que casi había comenzado con Roma. A partir del año 280 el nombre de los etruscos no aparece ya en las actas triunfales.

Desde el día en que Fabio atravesó el bosque Cimino pudieron los augures toscanos predecir á su pueblo que se acercaba la noche de su vida y que aquel siglo décimo en que, según las antiguas profecías, debía perecer su nacionalidad, era llegado. La resignación le fué fácil: sus dioses habían hablado y los romanos no habían hecho más que cumplir el oráculo. ¿Por qué ni para qué resistirse al destino, sobre todo cuando Roma exigía tan poco, la vida era tan dulce y la naturaleza tan fecunda en aquel privilegiado suelo, donde nada faltaba para el placer y la molición? Un antiguo dice de los etruscos: «Renunciando á las virtudes de

que fueron tan celosos sus mayores, pasan la vida los toscanos en los festines ó entregados á vergonzosas sensualidades. Así han perdido la gloriosa fama de sus padres (1).» Podemos pues escribir aquí: *Finis Etruria.*

Durante estas operaciones en el Norte, pasaron rápidamente al Sur las hostilidades: la ciudad griega de Turio había solicitado el auxilio de Roma contra los lucanios, que todos los estíos devastaban sus campos. La primera expedición contra estos merodeadores no dió resultados positivos; pero en 282, se abrió camino Fabricio hasta Turio cuyo cerco hizo levantar y en que dejó algunas tropas. Locres, Crotona, Regio acaso, recibieron también guarniciones romanas. A su vuelta depositó Fabricio en el tesoro 400 ta-

lentos con el resto del botín, hizo grandes liberalidades á los soldados y restituyó á los ciudadanos lo que habían pagado aquel año por el impuesto de guerra: la ambición de los grandes y la avidez de los pobres se mostraron reconocidas.

La paz parecía devuelta á la península, y desde el Rubicón hasta el estrecho de Mesina, todo, menos Tarento, reconocía la majestad del pueblo romano ó solicitaba su alianza; pero la poderosa ciudad de las orillas del Taras, muy orgullosa de su origen espartano, de sus riquezas y de las numerosas naos que poblaban su puerto, el *mare Piccolo*, iba á encender una guerra más peligrosa para Roma que todas las sostenidas de sesenta años atrás.

CAPITULO XVI

GUERRA DE PIRRO (280-272)

I. — ROMPIMIENTO CON TARENTO. — PRIMERAS CAMPAÑAS DE PIRRO EN ITALIA (282-278)

Llegamos al momento en que Roma y Grecia van á encontrarse. La Grecia estaba entonces moribunda, y su fin indicaba que se había cumplido un nuevo período de la humanidad. Dejando al genio individual todo su vuelo, no encadenándolo ni con los lazos del sacerdocio ni con los de una suspicaz aristocracia, la Grecia había creado la libertad política, el arte y la ciencia; pero también del exceso de la libertad había nacido la anarquía social. Los griegos fueron en verdad un gran pueblo á quien debe la Europa su civilización, pero nunca fueron un grande Estado; y he aquí por qué heredaron otros sus trabajos. Roma representa la segunda edad del mundo europeo; es la virilidad después de la juventud, el pueblo de la acción después del pueblo del pensamiento, la ambición después del entusiasmo, la disciplina y el orden después de la libertad y la anarquía. Trazando el ideal de una ciudad griega (2) Platón y Aristóteles apenas admiten algunos millares de ciudadanos y condenan hasta la fecundidad de las mujeres; Roma hace ciudadanos hasta de sus mismos enemigos y prepara á sus súbditos á serlo. Así su prosperidad durará siglos, mientras la de las ciudades griegas había durado algunos años apenas. Esparta sucedió á Atenas, Tebas á Esparta, y la Macedonia á las tres. Después, muerto Alejandro, y con él sus vastos designios, desde el Indo hasta el Adriático un inmenso desorden vino á agitar y conmover su imperio; confusión sin grandeza, caos de que la vida no debía salir. La moralidad se rebaja, las nacionalidades se olvidan; todos combaten contra todos por un poco de oro ó de poder, la

guerra viene á ser un oficio como en Italia, como en Alemania en las épocas más desastrosas de su historia, y algunos soldados mercenarios dan ó quitan las coronas.

Esta decadencia general de la raza griega se dejaba sentir también en Sicilia y en la Magna Grecia. En Sicilia había acabado ya la brillante dominación de Agátocles, y por donde quiera se alzaban tiranos. Hicetas en Siracusa, Fintias en Agrigento, Tindarión en Tauromenio, Heráclides en Leontini, etc. Al Oeste se fortalecía Cartago; al Norte los mercenarios de Agátocles se apoderaban de Mesina por traición y pasaban á cuchillo á sus habitantes, si bien perdonando á las mujeres, y desde allí extendían sus correrías á toda la isla hasta Gela, hasta Camarino, que entraban á saco. Al Norte del estrecho, Regio, tan duramente tratada por Dionisio el Antiguo; Locres, arruinada por su hijo; Metaponto, casi destruída por Cleónimo y Agátocles; Turio, que había reemplazado á Síbaris sin encontrar su poder; Crotona, tomada tres veces por Agátocles y por Dionisio, todas ellas cercadas por los lucanios y los brucios, vivían miserablemente en medio de continuas inquietudes. Tarento era una excepción; pero aquellos dorios, que eran ya los más ricos comerciantes de Italia, habían caído en una disolución de costumbres que los hacía incapaces de sostener una lucha seria; sin embargo, tenían el orgullo que da la riqueza, y se indignaban de oír resonar en toda Italia el nombre de aquellos bárbaros de las orillas del Tíber, tan incapaces de ejecutar una obra de arte como de ordenar un festín.

El senado había añadido á la guarnición romana de Turio una escuadra de diez galeras para cruzar el golfo.

Un día que el pueblo tarentino estaba reunido en el teatro, en frente de la mar, aparecieron las naos romanas á la entrada del puerto. Un demagogo, Filócaris, exclama al verlas, que según los antiguos tratados, los romanos no tienen el derecho de pasar del cabo Lacinio. Los tarentinos entonces corren á sus naves, atacan las galeras romanas, echan á pique cuatro, apresan otra cuya tripulación pasan á cuchillo, y alentados con tan fácil triunfo quieren también echar de Turio á la guarnición romana, empezando por pillar la ciudad. Muy luego se presenta un embajador romano pidiendo reparación del atropello; pero es recibido con burlas y ultrajes, y hasta un bufón se atreve á manchar de fango la toga del embajador. «Reid, dice Pos-

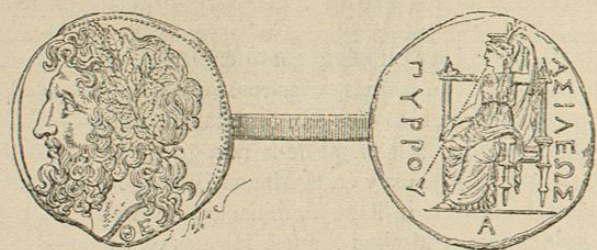
(1) Diod., V, 40. Teopompo y Timeo decían mucho más... *familias nudas ministrare viris... communes mulieres*, etc. Athén. *Deipnosoph.*, VII, 14 y IV, 38.

(2) Platón no quiere más que 5,040 ciudadanos (*Leges*, V). Hay que exponer, dice, los hijos nacidos de padres pobres ó muy viejos, los hijos naturales ó deformes. No se debe sobrecargar á la república (*Rep.*, V). Aristóteles quiere que se fije el número de matrimonios y el de los hijos que ha de criar cada familia. Si la ley del país, dice, prohíbe exponer los hijos, hágase abortar á las mujeres (*Polit.*, VII, 14, 10). Quiere que el número de los ciudadanos sea tal que puedan todos conocerse (*Ibid.*, VII, 4). En otro lugar habla de los medios empleados por los cretenses para impedir el crecimiento de la población (*Polit.*, II, 7, 4).

tumio, reid ahora: con sangre vuestra se lavarán estas manchas (282).»

Con todo eso, no sin repugnancia comenzó el senado esta nueva guerra. Los etruscos hacían aún frente á las legiones; bandas armadas recorrían el Samnio y era preciso castigar á los lucanios por sus repetidos ataques contra Turio. Fuera de esto se preveía que los tarentinos irían á buscar en Grecia auxiliares, como ya tres veces lo habían hecho, cuando llamaron al rey de Esparta Arquidamo, á Alejandro el Moloso y al lacedemonio Cleónimo. En el senado hubo de durar la deliberación muchos días, pero venció al fin el partido de la guerra, y el cónsul Emilio marchó por el Samnio contra Tarento. Antes de romper las hostilidades, todavía ofreció la paz, que los grandes aceptaron de buen grado; pero el partido popular, que era el verdadero dueño del Estado, rechazó todas las proposiciones pacíficas, é invitó á Pirro á bajar á Italia (281).

Sobrino de Olimpias é hijo de Eacides, rey de Epiro, era Pirro el más hábil acaso de todos los que pretendían heredar á Alejandro; pero probado en varia fortuna, habiendo ya dos veces perdido y recobrado su reino, conquistado y



Moneda de Pirro (1)

abandonado la Macedonia, había conservado de estas vicisitudes una ambición inquieta que lo arrojó toda su vida de una empresa á otra. En Ipso había combatido por Antígono contra Seleuco, Lisímaco y Tolomeo. Quedándose el Asia á éstos, soñó en la conquista de Roma, de la Sicilia y de Cartago: quería ser el Alejandro de Occidente. La perseverancia faltó siempre á sus designios, y así vivió y murió, menos como rey que como aventurero.

Fuera de esto, brillante de genio y de valor, como su primo Alejandro; como él amado de los suyos hasta la más completa abnegación; niño mimado de la fortuna, que tantas veces lo halagó y lo desamparó; de corazón recto, abierto á todos los nobles sentimientos, la historia lo ama y condena á la vez. Cuando vió á Fabricio, quiso tenerlo por amigo; cuando conoció á los romanos quiso tenerlos por aliados, y jamás se avergonzó de ser vencido por ellos.

Los tarentinos no economizaron presentes ni promesas. Pirro debía encontrar en Italia 350,000 infantes y 20,000 caballos. A pesar de los consejos de su amigo, el tesaliense Cineas, Pirro aceptó la invitación, y muy luego hizo partir á Milón con tres mil hombres, que habían de ocupar la ciudadela de Tarento. Durante aquel invierno, preparó un armamento considerable: 20,000 infantes, 3,000 caballos, 2,000 arqueros, 500 honderos y 20 elefantes. En la travesía, una furiosa tempestad dispersó la flota y por poco no estrella la nao real contra los escollos de la costa mesapiense.

Llegado que hubo á Tarento, cerró los baños y los teatros, obligó á los ciudadanos á armarse y los ejercitó sin piedad en las armas como á sus mercenarios. La ciudad de los placeres había venido á ser una plaza de guerra. Muchos tarentinos huyeron de ella (280).

(1) Anverso: cabeza de Júpiter, coronado de encina; reverso: Reinando Pirro.

En Roma no se quiso entrar en campaña, antes de declarar solemnemente á Pirro la guerra. Pero el Epiro estaba lejos y apremiaba el tiempo, y se salió del embarazo con un subterfugio como en Caudio. Un desertor epirota compró un campo, y en este campo hicieron formalmente los feciales las ceremonias religiosas. La letra de la ley estaba pues cumplida y los dioses debían darse por satisfechos: la conciencia pública no pedía más.

Para los preparativos hubo más seriedad. Los cónsules alistaron, como en los casos de extremo peligro, á todos los hombres válidos, incluso los proletarios. El derecho de ciudadanía recién concedido á muchos pueblos, las colonias esparcidas en la Campania, en el Samnio y en la Apulia, la de Venusia, que era tan numerosa, y las guarniciones establecidas en las plazas avanzadas, en Locres y en Regio, aseguraban la fidelidad de los aliados. Para alejar de ellos la peligrosa vista de las banderas enemigas, marchó Levino al encuentro del rey hasta las orillas del Siris. En vano quiso Pirro negociar, reduciéndose al papel de mediador: los romanos rechazaron toda proposición: no querían, no podían ya admitir que un extranjero interviniera en los negocios de Italia.

Cerca de Heraclea, á mitad del camino entre Turios y Tarento, se dió la primera batalla. Los elefantes, que los romanos desconocían, introdujeron el desorden en sus filas, y dejaron quince mil hombres en el campo de batalla. Pero Pirro hubo de dejar 13,000 (2). «Otra victoria como esta, decía, y vuelvo sin ejército al Epiro.» El mismo estuvo á punto de morir á manos del frentano Vulsinio, y uno de sus oficiales, á quien hizo ponerse su manto real y ceñir sus armas, cayó traspasado por muchas espadas.

Esta difícil victoria, los peligros que él mismo había corrido y lo que supo de Roma, hubieron de inspirar al rey griego cierto respeto hacia unos bárbaros, cuya organización era tan sabia. Había contado Pirro, al pasar el Adriático, con una guerra fácil y encontraba los más terribles adversarios; con numerosos auxiliares, y los italianos lo habían dejado pelear solo en Heraclea. Después de esta victoria, Locres le abrió sus puertas; la legión campaniense, de guarnición en Regio, pasó á cuchillo á los habitantes de esta ciudad y tomó su puesto, como los mamertinos hicieron en Mesina; lucanios y samnitas acudieron á su campo, pero distaba esto mucho de los 350,000 hombres prometidos.

Pirro renovó sus primeros ofrecimientos: dejar libres á los tarentinos y á todos los griegos de Italia; devolver á los samnitas, á los apulienses, á los lucanios y brucios las ciudades y tierras de que los habían desposeído los romanos. En trueque ofrecía el rey su alianza y el rescate de los prisioneros. Cineas, cuya elocuencia había ganado, según parece, más ciudades para Pirro, que la fuerza de las armas, fué el encargado de llevar á Roma estas proposiciones. Llevaba presentes para los senadores y ricas telas para las matronas; pero no encontró quien se dejara seducir.

Sin embargo, el senado se inclinaba á la paz. El viejo Apio, ya ciego, lo sabe y se indigna, y se hace llevar á la curia. «Sentía no ver, decía; hoy siento oír.» Y después de haber hablado vivamente contra lo que llamaba una cobardía, terminó con estas palabras, que fueron en el porvenir la regla de conducta del senado: «Que salga Pirro de Italia y entonces se verá de tratar con él.»

Cineas recibió orden de salir de Roma aquel mismo día. A su vista se habían formado dos legiones de voluntarios. El aspecto de aquella gran ciudad, de sus austeras costum-

(2) Son los números, probablemente exagerados, que da Dionisio de Halicarnaso.

bres y su celo patriótico impresionaron hondamente al griego, educado en medio de las bajas intrigas, de la venalidad y de la decadencia de su país. «El senado, decía á su vuelta, me ha parecido una asamblea de reyes. Combatir con los romanos es combatir con la Hidra (1). Su número es infinito como su valor.»

Pirro intentó entonces un audaz golpe de mano. Parte de Lucania, esquiva á Levino, que cubre á Nápoles y Capua, penetra en el valle del Liris, toma de paso á Fregelas, Anagni y Preneste y envía sus avanzadas hasta seis leguas de Roma. Pero á su alrededor nadie se mueve, ni una ciudad se le adhiere; y Levino se acerca; y Coruncanio, que acaba de firmar la paz con los etruscos, trae de Etruria otro ejército consular, mientras nuevas legiones se ejercitan en Roma.

Antes de que este círculo formidable y amenazador se cerrara al rededor de sí, huyó Pirro con su botín y volvió á invemar á Tarento. Las legiones tomaron también cuarteles de invierno, excepto las que fueron batidas en Heraclea, pues en castigo de su derrota debieron quedar en el territorio enemigo, viviendo de lo que podían pillar.

El senado, sin embargo, se decidió á rescatar los prisioneros, que eran en su mayor parte, jinetes cuyos caballos, espantados por los elefantes, los habían desarzonado y pertenecían á las mejores casas de la ciudad. Tres comisarios fueron á tratar de su rescate ó de su canje, Emilio Papo, Corn. Dolabela y Fabricio, el héroe de los legendarios que estamos obligados á seguir para este período en que nos faltan Dionisio y Tito Livio y donde no tenemos aún á Polibio.

Pirro se negó á la propuesta; mas por estimación á Fabio á quien en vano intentó ganar, permitió á sus prisioneros que fueran á Roma á celebrar las saturnales. Ni uno dejó de volver. En la primavera del año 279, renovó las hostilidades en la Apulia y cercó la plaza de Asculo, que los dos cónsules, Sulpicio Saverrio y P. Decio se decidieron á salvar dando una batalla.

Dicen que corría el rumor en los dos ejércitos de que Decio imitaría el ejemplo de su padre y de su abuelo. El rey dió á su tropa la descripción del traje que tendría el cónsul, y previno encarecidamente que lo prendieran vivo é incólume. Al mismo tiempo advirtió á los generales romanos que después de la batalla entregaría al consagrado á muerte ignominiosa por practicar maleficios y hacer una guerra desleal.

El fragmento de Dionisio de Halicarnaso, encontrado en otro tiempo en el monte Atos, no habla de la muerte de Decio (2), pero refiere la batalla como haciéndonos asistir á una de esas acciones de guerra, de que tan á menudo hemos tenido que hablar, sin estar seguros como esta vez, de que teníamos en lugar de una obra de retórico una especie de memoria oficial. Es en efecto probable que Dionisio, que conocía los *Comentarios* escritos por Pirro, tomara de ellos, á lo menos en parte, esta narración de batalla que extracamos nosotros (3). Los heraldos habían fijado con anticipación la hora y el lugar del combate. El ejército real avanzó

(1) *Non Hydra secto corpore firmior* (Hor. Od., IV, 57).

(2) Valer. Max. (V, IV, 5-6) no habla más que de los Decios, cuya muerte hemos referido en las guerras latina y etrusca; en Asculo presenta Dionisio á los dos cónsules obrando de acuerdo hasta el fin de la batalla. Cicerón hace lo mismo en el *De Officiis* (III, 4) y el de *Senectute* (20); pero en las *Tusculanas* (I, 37) y en el de *Finibus* (II, 19) admite la muerte de los tres Decios. Estas vacilaciones confirman la opinión de Valerio Máximo y de Dionisio.

(3) Dionisio y Plutarco citan los *Comentarios* de Pirro, que había escrito también un tratado sobre el arte de la guerra, que leyó Cicerón (*Fam.*, IX, 25).

en buen orden: la infantería macedonia, tropa escogida, ocupaba el ala derecha con los mercenarios italianos, pagados por Tarento, los ambraciotas, la falange de los tarentinos, que llevaban todos blancos escudos y los auxiliares del *Bruttium* ó Abruzo y de la Lucania; los contingentes de la Tesprótda y de la Caonia, los etolios y los acarnanos guarnecían el centro, formando el ala izquierda los batallones samnitas. La caballería, los elefantes y los soldados armados á la ligera cubrían los dos extremos de la línea, que se apoyaba en un terreno levantado por encima de la llanura.



Pirro (4)

Una reserva de dos mil jinetes á las órdenes inmediatas de Pirro, debía acudir á los puntos amenazados.

Los cónsules tomaron disposiciones análogas: en el intervalo de cuatro legiones, situaron los contingentes del Lacio y de la Campania, los marrucinos, los pelignios y sus demás aliados. Distribuyeron igualmente su caballería á uno y otro flanco del ejército, y trescientos carros de guerra, de cuatro ruedas, erizados de guadañas y lanzas debían esta vez tomar parte en la acción. Se les había provisto de pértigas móviles, á cuya punta ardían grandes copos ó mechones de estopa impregnados de pez, en la suposición de que la llama, el humo y el mal olor hicieran retroceder á los elefantes. En los carros iban soldados de arco y honda con buena provisión de piedras y dardos de tres puntas.

Pirro mandaba setenta mil hombres de á pié, incluso los diez y seis mil que habían pasado el mar Jonio. Los

(4) Estatua del Museo Capitolino.

cónsules, poco más ó menos, tenían la misma fuerza, incluso veinte mil ciudadanos romanos y ocho mil jinetes. En el ejército real había alguna caballería más y diez y nueve elefantes.

»Dada la señal, entonaron los griegos el *paean* y la caballería empeñó la acción. Los escuadrones griegos remolineaban al rededor de las turmas romanas acuchillándolas sin cesar, atacando y huyendo rápidamente para volver á la carga luego al punto, mientras los romanos procuraban combatir de cerca sin dar más que cargas regulares, combatiéndose con grande arrojo por una y otra parte. En el ejército real ganaron el premio del valor los macedonios, que hicieron retroceder á la primera legión y á los aliados latinos; en el ejército romano los mereció la segunda legión que arrolló á los molosos, tesprotes y caonios. Para sostener y desembarazar el centro que cedía al esfuerzo de los romanos, dió Pirro la orden de conducir los elefantes. Los carros armados de tajantes y lanzas salieron á su encuentro y detuvieron momentáneamente su marcha con todas aquellas máquinas y fuegos que dirigían á los ojos de los gigantes animales. Pero cuando los arqueros apostados en las torres que llevaban sobre sus colosales lomos, mataron á sus conductores, y los soldados armados á la ligera se deslizaron en los intervalos y cortaron los tiros de los carros y los jarretes de los bueyes, los soldados que iban en los carros, ya inutilizados, saltaron en tierra y fueron á refugiarse á su infantería, donde introdujeron el desorden. Pero al mismo tiempo la cuarta legión hacía volver la espalda á los lucanos y á los brucios, que arrastraron en su fuga á los tarentinos, siendo preciso para contenerlos, que el rey enviara en su ayuda parte de la caballería del ala derecha.

»La batalla se mantenía en esta alternativa de varia fortuna, cuando llegó á los romanos un refuerzo inesperado. Un cuerpo de cuatro mil hombres de á pie y cuatrocientos de á caballo de la ciudad de Arpi, que había de incorporarse al ejército consular, apareció en las alturas situadas á espaldas del campo real. Desde allí veían los recién llegados la espantable pelea á una distancia de veinte estadios. Habiendo hecho algunos prisioneros los forrajeadores enviados al bosque, hubieron de saber por ellos que el campamento real estaba mal guardado. Advertido por un soldado que logró evadirse, encargó Pirro á sus más bravos jinetes que fueran allá con algunos elefantes y ahuyentaran á los merodeadores. Pero éstos habían incendiado ya el campamento, y huido á una escarpada colina adonde no pudo perseguirlos la caballería enviada contra ellos.

»Sin embargo en la llanura, continuaba el combate. Los reales dirigían ahora sus esfuerzos contra la tercera y cuarta legión, que habían ganado mucho terreno y se hallaban mucho más allá de la línea romana. Viendo la masa de enemigos de que estaban amenazadas, ocuparon estas legiones un lugar de difícil acceso, embrazado de árboles, donde no había nada que temer de los elefantes ni de la caballería. Este movimiento fué como una segunda batalla, porque el rey y los cónsules enviaban sin cesar refuerzos á las tropas empeñadas en este grande esfuerzo y fué espantable la matanza. El rey fué el primero que se cansó y al declinar del día se retiró. Los romanos retrocedieron igualmente, y pasando otra vez el río, se retiraron á su campo. Pirro no encontró el suyo: las tiendas, los bagajes, todo había sido pasto de las llamas, y muchos de sus heridos perecieron, faltos de socorro (1); pero quedaba dueño del campo de batalla.»

(1) Dionis., *Ant. Rom. excerpta ex libro*, XX, 1, 3.

Si los romanos no vencieron, á lo menos había comprado Pirro muy cara la victoria (279) (2).

Esta guerra era indudablemente demasiado grave y sobre todo demasiado lenta para el rey de Epiro. Ya no deseaba más que un pretexto decoroso para salir del empeño con honor. Habiéndole avisado Fabricio que Filipo, su médico, intentaba envenenarlo, reconocido el rey, le envió todos sus prisioneros sin rescate (278) (3). Después de este cambio de nobles procederes era difícil batirse. Así, dejando á Milón en la ciudadela de Tarento y á su hijo Alejandro en Locres, pasó á Sicilia, donde los griegos lo llamaban contra los mamertinos y los cartagineses.

II. — PIRRO EN SICILIA. — TOMA DE TARENTO (272).

Cartago había enviado últimamente á Ostia una flota de ciento veinte galeras, ofreciendo al senado ayudarle contra Pirro, y los senadores rehusaron aceptar el ofrecimiento, sin renunciar por eso á la antigua alianza. Las dos repúblicas parecían tener entonces los mismos intereses y luchaban contra los mismos enemigos: la una contra los griegos de Italia, la otra contra los de Sicilia. Los cartagineses sitiaban otra vez más á Siracusa, y en socorro de esta ciudad fué llamado el yerno de Agátocles. Pirro hizo levantar el bloqueo y rechazó de puesto en puesto á los africanos hasta la Lilíbea, que no pudo tomarles. Allí como en Italia, después de las primeras victorias, sucedieron la mala inteligencia con los aliados, y el cansancio de una guerra que no acababa. El rey había perdido á su amigo Cineas, é impelido ahora por sus nuevos consejeros á medidas de violencia, castigó severamente algunas perfidias y se enajenó con altiveces las simpatías de los sicilianos, á quienes quería dar por rey á su hijo Alejandro. Por otra parte, quedábanle muy pocos de aquellos veteranos epirotas, que habían pasado el mar con él; los más bravos habían perecido en los campos de batalla de Heraclea y de Asculo y en los combates contra los cartagineses. Con un ejército de mercenarios griegos y bárbaros, no se sentía bastante fuerte contra el odio de los sicilianos. Los ruegos de los italianos vivamente apremiados por Roma, lo decidieron y dejó otra vez más por acabar su empresa (278-276).

Cada año, después de su partida, se señaló con un triunfo para los romanos. En 278, derrotó Fabricio á los lucanos, á los brucios, á los tarentinos y salentinos, é impuso á Heraclea la alianza con Roma. En 277, Rufino y Bubulco acabaron la devastación del Samnio, y forzaron al resto de la población á buscar asilo, como las bestias bravas, en lo más intrincado de los bosques y en las más altas y abruptas montañas. De aquí pasó Rufino á tomar las ciudades de Locres y Crotona. El año siguiente, nueva victoria de Fabio Gurges sobre todos estos pueblos que volvieron á llamar á Pirro. En el paso del estrecho, batieron su flota los cartagineses y apresaron su caja militar; después encontró á los mamertinos que se le habían adelantado en Italia y fué menester abrirse paso por en medio de ellos. Uno de estos mamertinos, de estatura gigantesca, lo perseguía con

(2) Según los analistas romanos, sus compatriotas hubieron de haber hecho una espantosa carnicería en las falanges del rey griego. Pero Hierónimo de Cardia, que era contemporáneo, pone al parecer las cosas en su punto, fijando la pérdida de los romanos en seis mil hombres y la de los epirotas en tres mil quinientos seis.

(3) Estos detalles contrastan demasiado con el carácter de las guerras que preceden ó que siguen, y con las costumbres antiguas, que no tienen nada de caballeresco, para no ser sospechosos. La historia de médico de Pirro es una evidente reminiscencia de la historia del médico de Alejandro.

insistencia; Pirro se volvió y de un hachazo lo abrió desde la cabeza hasta la cintura. En Locres, donde entró, hubo de saquear el templo de Proserpina para pagar á sus mercenarios. Pero este sacrilegio, como él mismo decía, atrajo sobre sus armas la cólera de la diosa, abandonándolo la fortuna en Benevento. Curio Dentato mandaba allí el ejército romano, y los legionarios se habían familiarizado ya con los bueyes de la Lucania, como llamaban ellos á los elefantes, sabiendo ahora ahuyentarlos á fuerza de dardos y con hachones encendidos: su victoria fué completa; hasta el campamento real cayó en poder de ellos (275).

Pirro no podía ya sostenerse en Italia, y con esto, dejando una guarnición en Tarento, volvió al Epiro con un ejército reducido á ocho mil hombres y sin dinero para pagarlo. Condújolo á nuevas empresas, pues llevaba el designio de reconquistar la Macedonia contra Antígono Gónatas, como al fin lo consiguió, siendo proclamado rey por segunda vez, para ir luego á perecer miserablemente en el ataque de Argos á manos de una vieja (272).

Se ha encontrado últimamente en Dodona la inscripción siguiente:

«*El rey Pirro y los epirotas consagran á Júpiter Nayos estos despojos de los romanos y de sus aliados.*»

Mientras se consagraban en el más venerable de los templos de Grecia estos ilusorios trofeos, entraba en Roma Curio triunfalmente en un carro tirado por cuatro elefantes, y una embajada del rey de Egipto Tolomeo Filadelfo, venía á felicitar al senado y á solicitar su amistad. La alianza de los dos Estados vino á ser una regla de la política nacional, así en Roma como en Alejandría. Algunos años antes Demetrio Poliorcetes había enviado al senado prisioneros hechos en galeras italianas que cruzaban los mares de Grecia. Así, pues, los príncipes de Oriente volvían los ojos hacia este nuevo poder que ceñan próximo á tomar la dominación de Italia. Pero en Pirro, los romanos habían vencido á todos los sucesores de Alejandro; las legiones habían triunfado de las falanges macedonias y de los elefantes, esas dos máquinas vivas de guerra de los ejércitos asiáticos y africanos.

Todavía hubieron de durar algunos años las hostilidades al Sud de Italia, aunque sin importancia; pero una victoria de Papirio Cursor y de E. Carvilio desarmó las últimas fuerzas de los samnitas. Este bravo pueblo se sometió por fin dando numerosos rehenes. Setenta años hacía que se había dado la batalla del monte Gauro, y en esta prolongada guerra habían obtenido el triunfo los cónsules veinticuatro veces.

El mismo año recibió Papirio la sumisión de los lucanos, y Milón entregó la plaza de Tarento, cuyas murallas fueron arrasadas y tomadas las armas y las naves. Solamente se conservó la ciudadela, donde el senado puso guarnición para contener á la ciudad, condenada á un tributo anual, y para alejar á los cartagineses del mejor puerto de la Italia meridional.

En efecto, apenas había partido Pirro cuando ya nacía la desconfianza entre las dos repúblicas. Durante el cerco de Tarento por los romanos, había aparecido á vista del puerto una flota cartaginesa ofreciendo su concurso: Papirio lo hizo todo para alejar este socorro más temible que el enemigo mismo, y la ciudad debió á estos temores haber sido tratada con menos dureza. Antes de ocho años se habrá trocado esta desconfianza en guerra implacable.

La lucha por la dominación de Italia estaba ya terminada. Medidas más bien de policía que de guerra justifican

algunas agitaciones que eran como las últimas y supremas convulsiones de aquel gran cuerpo de las naciones italianas. El senado sabe que no hay enemigo despreciable y que los grandes incendios suelen nacer de una chispa. Colocado en el centro de Italia, escucha todos sus rumores y sigue todos sus movimientos: nada puede sustraerse á esta vigilancia que no se duerme sobre sus laureles, y en cuanto asome el menor peligro, luego al punto se dirigirán grandes fuerzas al punto amenazado.

Así, pues, el año que siguió á la toma de Tarento, el cónsul Genucio fué á pedir cuenta de sus excesos á los legionarios sublevados en Regio: trescientos de ellos, conducidos á Roma, fueron apaleados primero, y luego decapitados; los demás habían perecido casi todos en la empresa.

En 269 el samnita Lolio, retenido en rehenes, pudo evadirse de Roma, reunió algunos aventureros y pretendió levantar en armas á los caracenas en el alto valle del Sagro. Los dos cónsules enviados á la vez contra él ahogaron esta renaciente guerra.

Un año después son los piceninos los que se encuentran en armas contra dos ejércitos consulares, pero al fin se ven obligados á entregarse á discreción del senado; después los sarsinatas y todo el pueblo úmbero reciben el golpe de gracia; en fin, al Sud de Italia, los salentinos y mesapienses ven llegar las legiones, menos á causa de su alianza con Pirro que porque poseían el puerto de Brindis, el mejor paso de Italia á Grecia. Ya volvía el senado la vista hacia esta parte: algunas turbaciones agitaban ciertas ciudades de Etruria, donde dos clases estaban siempre en pugna; la una dominante, la otra súbdita; ésta trabajando la tierra, la piedra, el hierro, para que aquella viviera en la abundancia, mientras la plebe, sujeta á una especie de servidumbre, permanecía en la miseria. En Roma, por un progreso lento, pero continuo, los pobres habían llegado á cierto bienestar, á la igualdad política y á la concordia con los patricios. En Etruria quisieron cambiarla por la violencia y el crimen, y esta diferencia explica los contrarios destinos de los dos pueblos.

Volsena, asentada en una colina cuyo bello lago bañaba su pie, era la más importante de las ciudades etruscas (1), pero también una de las más afeminadas, y sus costumbres ligeras se aliaban muy bien con las pasiones violentas. Una revolución demagógica privó á los nobles de sus privilegios, de sus bienes, y hasta del honor de sus familias, porque se obligó á sus hijas á casarse con los clientes y esclavos de la ciudad (2). La nobleza llamó á los romanos, que tomaron por hambre la ciudad y la destruyeron, después de haber sacado de ella, según Plinio, dos mil estatuas. La sangre corrió en abundancia. Roma reunió en un municipio infausto á aquellos esclavos rebeldes contra sus amos y á aquellos clientes armados contra sus patronos y á aquellos nobles traidores á su patria. A los que sobrevivieron de aquel pueblo, les fué prohibido habitar en el sitio en que

(1) *Caput Etruriae* (Tito Livio, X, 37). El templo de Voltumna, donde los lucumones se reunían anualmente, estaba situado en su territorio. El templo de *Norsia*, que se ve en Volsena, cerca de la puerta de Florencia, es una obra romana. La ciudad etrusca estaba en la altura, en el sitio llamado *Piassano*, por encima del anfiteatro (Dionisio, *Etruria*, I, pág. 508). La ciudad romana fué construida al pie de la colina. Era costumbre de los romanos obligar á los vencidos á abandonar las ciudades establecidas en las alturas.

(2) Según Valerio Máximo (IX, *Ext.*, I, 2) estos descreídos habrían ejercido el *ius prima noctis*. Habían decidido, dice, *ut stupra sua in viduis pariter atque in nuptis impunita essent, ac ne qua virgo ingenuo nuberet, cuius castitatem non ante ex numero ipsorum aliquis delibasset.*